

Cuerpos estragados... avatares de la época.

Marina Esborraz y María Carla Sartor.

Cita:

Marina Esborraz y María Carla Sartor (Noviembre, 2014). *Cuerpos estragados... avatares de la época. Jacques Lacan y la Psicopatología. Cátedra Psicopatología II, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, Ciudad Autónoma de Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/marina.alejandra.esborraz/7>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/psTd/6m0>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

Cuerpos estragados...avatares de la época

*“... juzgué adecuado indicarle que bebiera más, y también me propuse hacerle aumentar la ingesta de alimentos (...), su agitación no fue poca “Lo haré porque usted me lo demanda, pero le anticipo que será para mal porque mi naturaleza lo rechaza, y mi padre era igual”.
Sigmund Freud*

Introducción

Los psicoanalistas somos interrogados constantemente por la época. Y ese interrogante ha llevado a retratar nuestra época como aquella que corre bajo el signo del rechazo a la castración, la caída de los ideales, el debilitamiento de los lazos sociales. Época que conlleva, como refiere Lacan, a la forclusión de las cosas del amor como uno de los efectos del pseudodiscurso capitalista. Y eso nos enfrenta a un problema precisamente cuando sabemos que no tenemos otra herramienta que el amor, llamado “de transferencia”, para lograr que la palabra cure aquello mismo que la palabra ha producido.

Uno de esos interrogantes que nos surge concierne a la prevalencia de los síntomas nombrados como “nuevos síntomas”, “síntomas actuales” o incluso “patologías del consumo”, que se presentan como soluciones a los avatares de nuestra época. ¿Qué novedad conllevan respecto a los síntomas neuróticos clásicos delimitados en el campo del psicoanálisis?

Si el modo de tratamiento de lo femenino en la histeria clásica es vía la identificación viril sostenida en el ideal del amor al padre, ¿cuáles son las particularidades de las posiciones subjetivas que encontramos en las anorexias, bulimias e incluso en las toxicomanías?

Patologías del amor

Algunos autores consideran válido nombrar las anorexias y las bulimias dentro de lo que podrían denominarse patologías del amor. Pensamos que incluso las toxicomanías en las mujeres pueden encontrar lugar en esa denominación, dado que ellas no serían verdaderas toxicómanas sino que frecuentemente su consumo estaría ligado al lazo con un hombre como modo de sostener una identificación viril que resulta fallida, en tanto el “rompimiento del matrimonio con el falo” produce en ella su abolición como sujeto, dejándola a expensas de la dimensión estragante del goce femenino sin el lazo al falo. Nos serviremos de un caso de la experiencia analítica donde confluyen bulimia y toxicomanía en una mujer para interrogarnos respecto de su función.

El régimen de la soledad

Cecilia llega a análisis a los 27 años debido a que tiene “ataques de bulimia” desde los 15 años. Hace un mes tuvo un ataque fuerte, terminó con los ojos salidos y se asustó. “Yo creo que puedo manejar todo sola, pero parece que no puedo. Yo creí que era algo superado pero siempre vuelve. Ante cualquier cosa que no puedo manejar, cosas que me sobrepasan, vuelve. Como, como, como con la idea de vomitar.”

Esas “cosas que no puede manejar” conciernen en esta oportunidad a la relación con un hombre. Una relación complicada con “un flaco que tomaba mucha merca y me llamaba cuando le agarraba el bajón. Yo sentía que me sobrepasaba la situación porque no soy médica... pero igual iba”.

De sus 15 años ubica que si bien ella era un poco gordita, considera que todo comenzó para llamar la atención de sus padres quienes no prestaban mucha atención a ninguno de sus

cuatro hijos. Comenta a su vez que hasta los 14 años era un “amorcito”, según su madre, y que a partir de entonces se volvió “irritable”.

Esos episodios lograron llamar la atención de sus padres por poco tiempo, quienes la enviaron a una psicóloga a la cual no le hablaba. En esa época inicia también un período de desenfreno sexual: “me acostaba con cualquier pibe”. A los 17 años vino a Buenos Aires para estudiar Artes Visuales. Si bien no culminó dicha carrera se dedica a la pintura sin obtener un rédito económico de ello. No se anima a mostrar sus cuadros, se dedica a “acumularlos”. El mostrar sus cuadros la hace “sentirse desnuda frente a otro”, y esta sensación, como la decisión de no mostrarlos más, se originan en su pubertad a partir de la exclamación de una mujer en una muestra del taller en el cual estudiaba “¡Pero qué mambo que tenés vos con el físico!” Su técnica consiste en sacarse fotos a sí misma y después modificarlas en la pintura. Pinta sólo cuerpos femeninos.

De su novela familiar menciona la figura de su padre como alguien con quien siempre está al choque porque él siempre está “muy irritable”. Según su parecer esto se debe a que nunca se animó a hacer lo que realmente quiso por estar a la sombra de la figura de su abuelo, a quien ella consideraba “la persona más maravillosa del mundo”.

Su posición en la vida se afina en el hecho de haberse impuesto “un régimen militar” con su “amor a la soledad”. Dice haberse impuesto muchas leyes, como el hecho de no depender de nadie ni económica ni afectivamente.

Amor narcótico

Los vómitos empiezan a dejar el lugar al consumo de cocaína, si bien las ganas de vomitar persisten y suele pasarse el fin de semana consumiendo sin poder dar cuenta de por qué lo

hace. Dice haber empezado a consumir al poco tiempo de comenzar a salir con su ex novio dado que él consumía y ella quería “saber qué sensación tenía él”.

Su cuerpo le molesta, se siente gorda e incómoda. Reconoce que se “descontrola” cuando está sola. “Yo siempre dije que amaba mi soledad, ahora me lo cuestiono”. El consumo de cocaína comienza a exacerbarse y en una ocasión recibo el llamado de una amiga quien se había acercado a su casa preocupada porque hacía 2 días que no iba a su trabajo. Al hablar con Cecilia menciona que no quiere hacerlo más pero jura que no puede. La intervención se orienta a validar ese “no querer más”, pero indicando que “sola no”, para lo cual propongo que venga a sesión acompañada de dos amigos quienes se ofrecen a pasar con ella el mayor tiempo posible limitando de ese modo sus espacios de soledad, lo cual realizan por unas semanas.

Del banquete del desamor al relevo de un hombre

Al apaciguarse el consumo comenzaron a surgir otras cuestiones, entre ellas ciertos movimientos en torno a la exhibición de sus pinturas y comienza a llevar su carpeta a algunas galerías. Paralelamente se enfrenta con una situación complicada económicamente. A raíz de su consumo ha contraído una deuda que le resulta muy difícil de cancelar. Decide buscar ayuda en sus padres contándoles los motivos que la llevaron a endeudarse, obteniendo por parte de ambos una respuesta mucho más favorable a la esperada. En esa ocasión el padre menciona que cuando ella era chica y él llegaba del trabajo ella era “la única que lo esperaba con una sonrisa”.

Continúa tratando de circular en el mundo del arte, y hablando de sus miedos un tropiezo hace lugar al inconsciente cuando equivoca su “miedo de pintar también” en “miedo de

pintar tan bien". El efecto de ello es que retoma su actividad, la cual había pasado por un período de inhibición.

Al empezar a circular con sus pinturas conoce a un artista que vive en una ciudad de las afueras de Buenos Aires. Comienza una relación con él sorprendiéndose de que a alguien le puedan surgir "cosas lindas con ella". Esa historia de amor la lleva a esa ciudad y al poco tiempo deja de concurrir a las sesiones sin despedirse, no sin antes haber dejado uno de sus cuadros de regalo.

Consumiendo soledad: el signo de la época

Nuestra época está signada por la prevalencia del pseudodiscurso capitalista por sobre los demás discursos y la consecuencia de ello es la promoción del consumo compulsivo, la eficacia, la inmediatez, lo fugaz, la primacía de la imagen y lo virtual que modifica el encuentro entre los cuerpos. Alicaído el lugar del padre, quien con su decir orienta en las cuestiones del amor, los sujetos se encuentran arrojados a dejarse capturar por el sin fin de gadgets que la época empuja a consumir.

El psicoanálisis va en contramarcha al discurso imperante que promueve el rechazo al inconsciente. El analista con su acto produce un forzamiento que permite la apertura a otro escenario, en donde la falta y el deseo son su brújula.

Nuestro interés para el presente trabajo quedará acotado a las llamadas patologías del consumo, donde podemos incluir tanto a la bulimia como a las adicciones, situando a las mismas como modalidades subjetivas de tratamiento de goce en respuesta a las coordenadas que supone nuestro tiempo.

Teniendo como referencia la viñeta presentada, queremos destacar la escalada compulsiva que se manifiesta en distintos aspectos de su vida. Iniciándose cuando cae del lugar de

amorcito a los ojos de su madre, sin encontrar un sostén en la mirada paterna, sumado al encuentro contingente con la mirada devastadora de una mujer que sentencia que ella tiene un “mambo” con el cuerpo. Allí comienza su bulimia, el circuito del atracón y el vómito que perdurara hasta el encuentro con el analista. Cabría señalar que en el caso de las bulimias prevalece la vertiente del goce a diferencia de las anorexias, donde estaría más acentuada la vertiente del deseo, como deseo de nada.

En la bulimia la pulsión oral junto con la mirada tienen un lugar destacado. En cada episodio de ingesta compulsiva y desmedida de alimentos, la bulímica intentará producir el vacío del cuerpo mediante la expulsión del objeto-comida. Diferenciando esta modalidad de respuesta sintomática de las formas metafóricas del síntoma en la histeria clásica, donde el síntoma halla la satisfacción pulsional enmarcada en el fantasma y sostenido en las diversas modalidades de identificación. El síntoma histérico se presta al desciframiento por la vía de la interpretación a diferencia de los síntomas actuales, que como hemos mencionado se conforman entorno al rechazo del inconsciente.

Consideramos que en este caso la dimensión de la histeria como estructura no está ausente, pero el modo de tratamiento de goce excede la modalidad sintomática clásica. Denominarse “irritable” como el padre le otorga una marca estructurante, un rasgo identificatorio. Sin embargo, esto no le permite velar la mirada que le retorna descarnada sobre su cuerpo.

Retomando la viñeta, podemos inferir que ese desenfreno compulsivo la lleva a sumar al atracón de comida el consumo de cocaína. En principio no es un consumo solitario, será por amor a un hombre y como intento de identificación. La ruptura del lazo con ese hombre la dejará consumiendo “soledad”. La intervención del analista apuntó a conmover y limitar

dicha soledad que la consumía, poniendo un NO como barrera al goce ilimitado de su régimen militar.

Acordamos con Recalcati que en los inicios la maniobra analítica en las anorexias-bulimias debiera apuntar a la rectificación de la mirada del Otro, en tanto esto le permitirá al sujeto un lazo distinto, al producir una mirada que pacifique el Ideal como cara gozosa del Superyó.

La posición de Cecilia será conmovida cuando surge una nueva versión de la mirada de su padre hacia ella, quedando situada con un brillo especial que le otorga un lugar de excepción en su familia. Se produce un signo de amor por parte del padre que cambiará radicalmente su posición respecto a él, y la orientará en la nueva elección de un partenaire.

Bibliografía

- BRUNO, S. (2007) “El estrago y lo femenino a la luz de las toxicomanías” en *Ancla I* Revista de la Cátedra II de Psicopatología, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.
- COSENZA, D. (2013) “La comida y el inconsciente”, Buenos Aires, Editorial Tres Haches
- FREUD, S. (1899) “Estudios sobre la histeria” en *Obras Completas*, Tomo II, Buenos Aires, Amorrortu Editores (1992)
- EIDELBERG, A., GODOY, C., SCHEJTMAN, F., SORIA DAFUNCHIO, N. (2004) “¿Cómo tratan los psicoanalistas las anorexias y las bulimias”, Buenos Aires, Editorial Del bucle

- EIDELBERG, A., GODOY, C., SCHEJTMAN, F., SORIA DAFUNCHIO, N. (2009) “Porciones de nada. La anorexia y la época”, Buenos Aires, Editorial Del bucle
- GODOY, C. (1996) “La euforia de la cocaína”. En revista *Pharmakón* 4/5, TyA, Buenos Aires.
- LACAN, J. (1971-72) “El saber del psicoanalista”. Inédito
- LACAN, J. (1972-73) “Aún” El Seminario Libro XX, Buenos Aires, Editorial Paidós (2004)
- RECALCATI, M. (1997) “La última cena: anorexia y bulimia”, Buenos Aires, Ediciones del Cifrado (2004)
- SCHEJTMAN, F. (2006) “La trama del síntoma y el inconsciente”, Buenos Aires, Editorial Del bucle
- SCHEJTMAN, F. (2007) “Capitalismo y anorexia. Discursos y fórmulas” en *Ancla I* Revista de la Cátedra II de Psicopatología, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires.
- SOLER, C. (2004) “Lo que Lacan dijo de las mujeres”, Buenos Aires, Editorial Paidós (2006)
- SORIA, N. (2000) “Psicoanálisis de las anorexias y las bulimias”, Buenos Aires, Editorial Tres Haches